

LAS JUANAS DE LA REVOLUCIÓN. EL PAPEL DE LAS MUJERES Y LOS NIÑOS EN LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS

CARLOS EDUARDO JARAMILLO CASTILLO

INTRODUCCIÓN

Si en términos generales podemos decir que la historiografía nacional ha sido avara con las mujeres, ignorándolas o relegándolas a papeles secundarios, en el caso de las guerras civiles la situación es aún más aberrante, allí, sencillamente, las páginas han permanecido en blanco.

Hecha la excepción de las luchas independentistas en las que existe un reducido aunque claro interés por destacar el papel de la mujer patriota, el resto de los múltiples episodios militares que ha vivido la república se han analizado y descrito haciendo caso omiso de ellas. A tal punto se ha llegado en esta actitud que, después de una revisión bibliográfica, la sensación que queda en el investigador es la de que las mujeres colombianas, mientras la república convulsiona y sus hombres se dedican a despedazarse entre sí, ellas están dedicadas, todas, a menesteres ajenos y distantes de aquellos que se cumplen en los campos de batalla. Y en este sentido la Guerra de los Mil Días, el más sangriento y prolongado conflicto civil de nuestro siglo XIX, no es propiamente la excepción de esta regla que ha decidido poner a las mujeres en la banca de atrás de nuestra historia.

Un solo autor (1), dentro de la innumerable cantidad de memorias, estudios y documentos con que contamos sobre este conflicto, ha

1. Carlos Chaparro Moneó es muy seguramente el autor que con más dedicación buscó rescatar hechos y nombres de mujeres durante el conflicto que nos ocupa.

tratado, de manera conciente, de hacer justicia a las mujeres. De resto, desde los contemporáneos al conflicto hasta los modernos investigadores, se han limitado a realizar modestas y marginales observaciones sobre las mismas, pasando por encima de su memoria y haciendo de la guerra una actividad privativa de los hombres.

El estudio detenido de la documentación existente, combinado con el método de la entrevista, nos ha mostrado que la realidad es otra, y que en esta guerra las mujeres jugaron un papel casi tan importante como el de los hombres.

Lo poco que nuestra historiografía ha conservado sobre las mujeres, se reduce casi que a aquellas cobijadas bajo el popular calificativo de las *juanas*, las *cholas* o las *rabonas*, con que normalmente se ha designado a las mujeres que por múltiples razones marcharon junto con las fuerzas en operación. Las otras, las que no tomaron el fusil, las que no siguieron a sus hombres, las que por mil razones no hicieron parte de las tropas en campaña, han sido casi que absolutamente ignoradas.

Después de revisar lo que investigadores, narradores y relatores de la guerra han consignado con respecto a la mujer, creemos que la ignorancia de unas y el reconocimiento parcial del papel jugado por otras, merece un estudio más detallado que ayude a disipar la bruma que caracteriza este nebuloso período de nuestra historia. Un aporte modesto en este sentido es el que creemos poder realizar con este breve estudio.

LAS MUJERES

Contrario a lo que se deriva de lo publicado hasta el presente sobre la participación de la mujer en la guerra que nos ocupa, podemos decir que éstas no sólo fueron parte esencial de la estructura logística de la guerrilla, y aún de los ejércitos regulares, sino que prestaron valiosos servicios como combatientes. A tal punto llegó la vinculación de las mujeres a la guerra que no creemos equivocarnos al afirmar que no hubo ni madre, ni esposa, ni amante o compañera de combatiente que no hiciera acto de presencia en el conflicto.

Los motivos que las indujeron a su participación directa son variados, y aunque van desde la pasión política y el afán de lucro, hasta los caprichos del amor y el apego a la aventura, han sido estas dos últimas las razones más destacadas y las que mayor número de mujeres arrastraron a los campos de batalla.

Un Soldado en Campaña, Recuerdos de la Guerra 1899-1902 Tunja, Imp. Deptal. 1936.

La situación de conflicto y desorden social unida a la vida de los campamentos, donde las normas comunes del comportamiento se veían seriamente mediatizadas, y donde el existir se convertía en un quehacer diario en el que no cabían espacios para pensar en el mañana, fueron abonando terreno donde germinaron pasiones intensas y efímeras que hicieron del corazón una importante razón de la militancia femenina.

La cultura popular tomó a los guerrilleros para convertirlos en leyenda donde el hombre se hacía mito, despertando en las mujeres enconadas pasiones que se magnificaban con los triunfos; tal fue el caso de Tulio Varón y sus compañeros quienes recogieron una próspera cosecha de corazones después de los brutales asaltos del *Hotel Mi Casa* y *La Rusia*, donde los guerrilleros del *Contó* llevaron los machetes a su más tenebrosa magnificencia.

La Sangre y la leyenda unidas desataron una verdadera apoteosis del fervor femenino por los luchadores, de la cual fueron los oficiales quienes recibieron las cuotas más altas de cariño. De este fenómeno, que en muchos casos adquirió el carácter de pasión colectiva, queda aún viviendo en la memoria popular del Tolima el recuerdo del coronel Vidal Acosta, quien a su valor temerario sumó su varonil figura y sus dotes de cantor y de tiplero, tal y como lo testimonian los versos de Darío Samper cuando dicen:

"Aunque está Tulio Varón,
que es el mejor capitán.
Aquí está Vidal Acosta,
el más valiente y galán,
y Eli Villanueva lleva
la bandera libera...*" (Samper, 1936:12)

"Oían el canto y veían a Vidal Acosta
con su tiple brillante coronado de cintas rojas.

Estaba cantando cerca de la hoguera,
y las sombras rápidas cruzaban el rostro
como una malla de relámpagos de oro" (Ibid: 15).

Como estos versos que la imprenta le robó al olvido, fueron muchos con los que se describió y glorificó la lucha guerrillera y los hombres que la atizaron. Versos que junto con canciones y leyendas en no poco contribuyeron a incentivar la participación femenina, que como un imán las llevó a sus campamentos o las puso al lado de sus banderas.

Dos son los ejes principales sobre los cuales se desarrolló la participación femenina en la guerra: Como elementos de apoyo logístico, cumpliendo las más variadas empresas, que iban desde las acciones emprendidas en la ciudad por las damas de la sociedad, hasta las labores de la retaguardia donde las mujeres humildes curaban, cocinaban, lavaban y surtían a las fuerzas con las mercancías de sus magros comercios al detal donde se combinaba la miscelánea con las ventas de chicha, guarapo y licores destilados; y como combatientes, unas veces circunstancialmente impulsadas por el dolor del compañero muerto, y otras formando como oficiales y soldados de una fuerza operativa.

El papel de amantes que tantas mujeres llevara al conflicto, es indisoluble de las dos actividades principales jugadas por ellas, al punto de constituirse en un elemento normalmente presente y entremezclado con todas las acciones de éstas, sin que podamos, por tanto, tratarlo como un fenómeno propio y particularizable.

Hecha la precisión anterior, pasemos a ver con algo de detalle las características de las dos modalidades principales de la participación femenina.

A. *Como elemento de apoyo logístico*

Por más que la logística sea considerada por los teóricos militares como un trabajo esencial, sin el cual los ejércitos están destinados a la derrota, es esta una labor difícil que se torna más pesada aún cuando han de cumplirla civiles en apoyo de fuerzas enfrentadas al gobierno, tal y como fue el caso de los liberales, y en especial de sus mujeres que fue sobre quienes recayó gran parte de esta responsabilidad. Entre las varias labores que en este campo se cumplieron podemos destacar.

a. *Como mensajeras e informadoras.* Si las comunicaciones eran difíciles antes de la guerra por la precariedad de las vías y los medios existentes, una vez declarada ésta, la situación se tornó crítica haciéndose decisiva para todas las fuerzas enfrentadas, la constitución de eficientes redes de recolección y transmisión de informaciones.

La concepción caballerisca y discriminatoria que para con la mujer existía en la época, y que se reflejaba en un especial respeto para con ellas, indujo a que los contendientes se apoyaran en éstas para, en algunos casos, convertirlas en hábiles instrumentos del espionaje y el transporte de elementos (2).

2. Con referencia a este tratamiento respetuoso que se le dio a la mujer en la guerra tenemos que, en comparación con los conflictos que ha vivido la república

Al declararse la guerra el liberalismo debió constituir su propio sistema de correos, en el cual las mujeres fueron decisivas, llegándolo a hacer no sólo altamente eficiente sino complejo. Ejemplo de ello puede ser el sistema que ligó a las ciudades de Bogotá, Honda, Girardot, Ambalema, Espinal e Ibagué, sistema que se basó en postas femeninas que ni siquiera en lo más agudo de la guerra dejó de operar.

Junto con la conducción de mensajes, para lo cual las mujeres se ingeniaron todas las argucias posibles, éstas sirvieron como informadoras y espías, llegando en ello a integrar redes de consideración. En esta utilización de las mujeres como elementos para la inteligencia militar, los liberales se vieron competidos en eficiencia por los conservadores, así es como, de la acción de estas últimas ha quedado el recuerdo de la red de espionaje formada por la matrona conservadora de Santa Marta, doña Margarita Barros, para cuya desarticulación el liberalismo debió actuar con especial dedicación (Valdeblanquez, 1964: 42). Igualmente tenemos el ejemplo de la señora Abelarda Alfaro, quien tuvo al mando gobiernista al tanto de todos los movimientos del general Teodoro Pedroza, durante la época en que este se tornó más activo (Carta de Moisés Herrera a Minguerra, Girardot 17.IX.1900. AMD caja 51). Sobre esta eficacia, en el caso liberal, los testimonios tampoco son escasos, válganos como ejemplo los de Eva Lezama y Emilia Leonel, que fueron los ojos y oídos de los guerrilleros de Doima y el llano del Combeima (Declaración de presos, Ibagué, enero de 1902. AHÍ, Caja 337, folios 14 a 55).

El servir de informadoras fue una labor tan frecuente entre las mujeres liberales que, en algunas oportunidades, el gobierno optó por aplicar medidas extremas como aconteció en los extensos territorios de las haciendas de *Colombia*, *El Paraíso*, *el Verdal* y *el Llano del Limonar*, en el Tolima, donde el general Juan Aguilar resolvió tomar prisioneras a todas las mujeres, como último recurso para tratar de sorprender a las fuerzas de Tulio Varón, yugulando su principal fuente de información (París, 1982:86) (3).

en el presente siglo, donde esta ha sentido el embate de la violencia con la misma fuerza que los hombres y los niños, siendo víctima de crueldades ¡naditas donde la sevicia y la demencia parecen haber llegado a límites insospechados. En la Guerra de los Mil Días los asesinatos de mujeres fuera de combate se mantuvieron dentro de las tasas normales de los tiempos de paz y las violaciones fueron escasas. Sobre las violaciones ambos bandos difundieron historias negras sobre de sus contrarios, pero estas respondían más a una campaña de desprestigío que a la generalización de un procedimiento. En el normal de los casos a las mujeres se les trataba con deferencia, aunque hubo casos en que se les daba "muendas", y se les sometía a otros castigos, su frecuencia no los hizo comunes.

3. Sobre decir que el esfuerzo hecho por el general Aguilar, también conocido por el apelativo de "General Chicha" por ser propietario de una chichería en la ciudad

Sobre la efectividad del espionaje femenino podemos decir que así como muchos fueron los hombres que murieron gracias a él, también no fueron pocos los que lograron salvarse. Benito Ulloa, famoso guerrillero liberal que actuó básicamente en Cundinamarca, es un ejemplo claro de quienes deben su vida a la eficacia del espionaje femenino, tal y como se desprende del telegrama enviado por el oficial conservador, Moisés Gómez, al Ministro de Guerra y que dice así:

"... sólo dimos con la cama caliente en la que había pernoctado Benito Ulloa y con una carta en la que una señora le dice que un conservador importante le ha dicho en confianza que esa noche o el día siguiente irán fuerzas del gobierno a perseguirlo y capturarlo. En esto y en las demás indicaciones de los amigos comprendimos que estamos entre verdaderos Judas..." (Utica 6.VIII.1900 AMD, Caja 30).

6. *Como suministradoras de productos alimenticios, y de materiales bélicos y de sanidad.* La consecución de sal, elemento fundamental para la conservación de las carnes, para la preparación de alimentos, para la lucha contra la deshidratación, y para fines medicinales y terapéuticos, casi que pudiéramos decir que fue una labor desarrollada exclusivamente por las mujeres. Labor esta que no fue fácil ya que el gobierno impuso un estricto control para su venta y transporte.

Igualmente las mujeres se hicieron determinantes en los momentos en que se producían derrotas o cuando las áreas de reposo y sustento de las guerrillas eran invadidas por tropas enemigas, en cuyo caso las guerrillas se disgregaban y perdían en el monte, quedando su aprovisionamiento y alimentación como una responsabilidad exclusiva de sus copartidarias de la zona.

En cuanto al suministro de armas y bestias, sin que la actividad de las mujeres fuese determinante por su multiplicidad y extensión, éstas cumplieron en este campo acciones ejemplares en las que algunas pudientes matronas y prósperas hacendadas gastaron gran parte de sus fortunas. En esta actividad ganó puesto de honor la rica señora sogamoseña, Adriana Camargo de Albarracín, quien desarrolló una permanente actividad comprando armas y municiones a los desertores del ejército conservador, remitiendo alimentos a los combatientes liberales y proveyendo de magníficos caballos a sus generales.

de I bagué, no sólo fue infructuoso, sino que le costó la vida, ya que a los pocos días de esta redada y mientras tenía en su poder a las mujeres de la zona, fue atacado en la noche por las fuerzas del general Varón, muriendo en este combate que pasó a la historia como el combate de "La Rusia", por haber dado la mayoría de tierras de esta hacienda.

En la actividad tendiente a la consecución de elementos bélicos las mujeres de las ciudades mostraron una eficacia particular. A modo de ejemplo podemos citar el esfuerzo realizado por las damas liberales de Neiva y Aipe, quienes impusieron la moda de nitrar las carnes como única forma de conseguir, sin despertar sospechas, el preciado químico que requerían los liberales para fabricar su pólvora (Pérez, 1904:19-20). Haciendo llegar balas y pólvora a los liberales fue que una mujer llamada Estela se ganó el honorífico calificativo de *La Providencia Revolucionaria de Purificación* (Pérez, 1904:21). En Ibagué la señora Ascensión Guzmán, esposa del general Ramón Chávez (4), organizó un grupo de amigas para apoyar a los combatientes con elementos de guerra, hecho que se repitió con regularidad en casi todas las poblaciones del país. Ligadas a esta actividad, a las mujeres del campo les correspondió la recolección de vainillas y cascarones de balas en las zonas de combate, para que éstas fueran recalzadas por los liberales. Actividad esta que fue altamente apreciada en el interior del país donde no pudieron llegar los pertrechos adquiridos por los liberales en el exterior, quedando, por tanto, dependiendo su municionamiento y consecución de armas de su capacidad para tomarlas al enemigo. Así, no era extraño que mientras cívicos y soldados pillaban cadáveres y heridos en los campos de batalla, las humildes campesinas liberales, con sus hijos menores, se rompieran las uñas recogiendo subrepticamente los residuos de las balas disparadas.

El conocimiento anticipado que tuvo el gobierno de la fecha escogida por los liberales para declarar la guerra imposibilitó la salida, hacia las zonas de operación, de pequeños arsenales que, con el tiempo y gracias a la ayuda de las mujeres, pudieron llegar a las manos de los combatientes. Para el cumplimiento de este fin fueron muchas las damas encopetadas que facilitaron sus carruajes y convirtieron sus holgadas ropas en estupendos sistemas para el transporte y ocultamiento de las armas. Testimonio de ellos nos lo da el libro: *Memorias de un Combatiente Liberal*, cuando dice:

"En el mencionado escondite tuvimos mis compañeros y yo el patriotismo y entusiasmo de muchas señoras y señoritas de lo más selecto de la sociedad de Bogotá, quienes iban desde San Diego y otros lugares situados a los extramuros de la capital llevándonos al *Aserrio* (5) carabinas y rifles desarmados dentro de sus vestidos" (Fletcher, sf: 169).

4. Para mayor información sobre el particular consultar el artículo del autor titulado: *Al Vencedor de la Muerte lo Derrotó el Olvido: Ramón Chaves Guzmán, Guerrillero de los Mil Días*. Revista *TOLIMA*, Vol 1 No. 1, 1984 Fondo Rotatorio de la Cultura. Ibagué.

5. Las negrillas son del original.

Cosa similar hizo un grupo de mujeres en la costa norte, cuando despachadas por Barú hacia Cartagena por orden del general Vargas, llevaron a los combatientes 12 rifles y dos cajas de pertrechos (Zarante, 1933:65).

Otra de las actividades en que el papel de las mujeres fue definitivamente irremplazable fue en el área de la salud. Habiendo optado el liberalismo por la guerra de guerrillas como su forma operativa dominante y debiendo actuar en permanente transhumancia, difícilmente pudieron contar éstos con centros hospitalarios permanentes para atender a sus heridos, como sí lo hizo el gobierno. Razón ésta que los obligó a implementar un sistema de salud que hacía de los ranchos campesinos sus hospitales de sangre y de fiebre (6), donde las mujeres debían officiar como médicos y enfermeras. Allí fueron muchas las vidas que se salvaron, no sólo por los efectos de la botánica, la medicina popular y la alquimia hogareña, sino por el amor puesto por ellas para curar de las fiebres, entablillar las fracturas abiertas y aplicar los hemostáticos milagrosos como las hojas de Santamaría.

Todos los jefes en operación guardaban en su memoria el listado del nombre y ubicación de las viviendas de aquellas mujeres que estaban dispuestas a jugarse la vida por salvar otras, y después de los combates disponían, de acuerdo a la urgencia y a la convalecencia calculada, el lugar al que irían quienes requerían de cuidados.

De estas mujeres mártires, cuenta Carlos Chaparro en sus memorias de *Un Soldado en Camparí* que:

"... desembarcaron dos compañeros del *Garibaldi* (7) (a orillas del río Lebrija, después de la batalla de *Palonegro*), gravemente enfermos atendidos por una muchacha cuyo nombre lamentamos no insertar por no recordarlo. Llega la muchacha al rancho, suelta el morral, y con la misma impavidez con que pasaba cápsulas a los Garibaldinos en la línea de fuego, coge una olla para sacar agua del río y en el momento de subir la vasija, la cola de un caimán que estaba allí cebado, se la llevó con un sólo ¡ay! profundo y triste". (Chaparro, 1936:90).

En el caso de la ciudad, la mujer liberal centró su apoyo en la consecución de drogas, para lo que fue necesario que en sus casas las

6. El escaso desarrollo de los antibióticos y las drogas antivirales en el país, para fines del siglo XIX, Los enfermos de fiebres, tifo, viruelas y demás enfermedades consideradas infectocontagiosas, eran atendidos en lugares diferentes de las de los heridos o accidentados, de ahí la existencia de hospitales de fiebre, para los primeros, y de Sangre, para los segundos .

7. Los subrayados son del original.

dolencias simuladas se multiplicaran tanto como sus visitas a la boticas, y la ropa blanca de algodón se hizo artículo de lujo cuando, deshilachada por las pacientes manos femeninas, salió para las zonas de guerra convertida en gasa.

En algunas oportunidades en que las ciudades se hacían campos de batalla, estas mujeres, como las del campo, debieron no solo abrir las puertas de sus casas para hacerlas hospitales, sino curar y a veces servir de sepultureras de anónimos soldados que el azar llevaba a sus hogares.

Las actividades señaladas fueron, sin lugar a dudas, las tareas principales que en el campo de la logística cumplieron aquellas mujeres que no tomaron las armas ni marcharon a la retaguardia de las tropas. El hecho de que esta participación se hubiera dado a distancia de la línea de fuego no las hace menos importantes que aquellas cumplidas por otras mujeres que, armadas de fusil, se apostaron en el vórtice mismo del huracán guerrero.

B. Como Combatientes

Aunque no fue lo corriente ni tampoco la razón más generalizada de su participación en la guerra, las mujeres no estuvieron ausentes de las trincheras. Allí, armadas como cualquier combatiente y mostrando más valor y decisión que muchos de ellos, se jugaron la vida y no pocas veces la perdieron.

Aún hoy los viejos de Ambalema recuerdan con orgullo la compañera de Nicolás Cantor, Ester Quintero, hermosa mujer de Guataquí y capitana de las fuerzas Restauradoras. De ella se cuenta que viendo fracasada la toma de Honda (14.1.1901) por los grupos combinados de Ramón Marín y Tulio Varón, y reaccionando ante un parte de derrota dado por un oficial, decide, después de increpar la cobardía mostrada por los hombres, montar y lanzarse a la cabeza de un grupo de atacantes, para ir a morir en el desarrollo de la acción, en la llamada *Cuesta del Rosario*. Se dice que el dolor que produjo en Marín la noticia de su muerte lo llevó a pasar por encima de su fe cristiana y a dar la orden de incendiar el convento y la iglesia de Santo Domingo, donde se hallaban atrincherados los conservadores (Entrevista con Ramón Sánchez, Ambalema 3.1.83).

El carácter irregular de la mayor parte de las fuerzas liberales facilitó la vinculación de las mujeres a los cuerpos de combate, siendo el caso opuesto para el ejército conservador que, con una estructura regular y constituido como un ejército nacional, dadas las disposiciones de la época, ni la conscripción ni los cargos en la oficialidad estaban abiertos a las mujeres, por lo que allí su representación fue casi inexistente. De mujeres que toman las armas dentro del ejército conservador sólo

conocemos el caso de Blancina Ramírez, que formó en las filas del Batallón *Vigías de Gvalanday*. Sin embargo, como espontáneas, llevadas por circunstanciales condiciones, las mujeres conservadoras hicieron significativa presencia al lado de los cuerpos regulares. En algunos casos éstas llegaron a constituir efímeros pelotones como el que luchó en la toma de Puerres (28/29.VIII.1901), donde el único hombre que actuó con ellas fue Juan Corral, quien hizo las veces de abanderado.

Entre las mujeres conservadoras que actuaron como irregulares podemos citar a: Virginia Huertas (alias Chilaneira), Mercedes Muñoz (alias Cuesca), Albina Campana, Mercedes Lucero, Gracia López, Visitación Portilla, Domitila Montenegro, Edelmira Rosero, Laura Chamorro y Emperatriz Dorado.

Caso contrario es, como ya lo advertimos, el del liberalismo. En él tenemos mujeres que asumieron como oficiales la conducción de tropas en los cuerpos regulares del Ejército Restaurador, y mujeres que, como guerrilleras, lucharon en la base de la organización militar. Como oficiales podemos citar a Candelaria Pachón, muerta en la batalla de Terán; Ana María Velencia, abanderada del batallón *Pamploma*, muerta en Palonegro; Inés Melgar, segundo jefe del batallón *Gaitán* de Panamá; Carmen Bernal, corneta de órdenes el general Hermógenes Gallo; y Mila Arellano, quien siendo hija de un general ecuatoriano, fue jefe de la columna *Parra* que operó en la zona fronteriza con este país (8).

Como simples guerrilleras podemos señalar los nombres de: Natalia Galindo, Ercilia Zorrillo, Luisa Guzmán, Rosa Vera, María Luisa, Mónica y Saturnina Higuera, Eulogia Chaparro, Carmen Galindo, Ramona Mendoza, Virginia Alonso, *la seca* Lucinda, *la negra* Liboria, Carmen Santana, Rosaura Rodríguez y Diogracias Charcas, entre cientos de otros nombres que nadie se ocupó de conservar.

Entre los autores que se preocuparon por destacar el papel de la mujer en la guerra, tenemos a Carlos Chaparro, a cuya memoria debemos un ilustrativo episodio acaecido en las ardientes llanuras del Tolima (en zona del hoy departamento del Huila) y que dice así:

"Observé que el capitán de la compañía en la cual me incorporé, era un joven de veintidós años, más o menos de aspecto interesante, de estatura regular y de mucho coraje. A su lado marchaba una linda joven de cuerpo esbelto y mirada franca, escrutadora; parecía insensible a la permanente amenaza de las balas y cuando sentía el silbido de los proyectiles muy cerca de sí aparecía en sus labios una graciosa sonrisa y su semblante se cubría de grana... En una de estas

8. Declaración del soldado Ángel Parra, Pasto 29.VIII. 1902. AMD, caja 90.

retiradas por entre la mancha (Hace referencia a las manchas constituidas, sobre el llano, por las matas de monte) notamos que el capitán nos había abandonado, no supimos si voluntariamente; pero la joven allí venía, pero se comprendía fácilmente en su semblante, alguna contrariedad. Las balas silbaban y ya íbamos a llegar al otro extremo de la mancha para tomar la pampa, cuando al brincar la cerca de piedra para salir de la mancha, se presenta a nuestros ojos el cuadro lo más desgarrador, ¡el cadáver del capitán yacía en tierra, despedazado a lanzas: lo grave era la llegada de la joven! pero esta sorpresa no se hizo esperar, ella, animando el hermoso caballo que montaba, brincó la cerca y en el acto estuvo al lado del capitán, pero no como esperábamos todos; que estallarían en gritos y llantos, no; ella se desmontó y fue donde se hallaba el cadáver del capitán; lo contempló por un momento y luego le tomó la cartera y la guardó; le tomó el revólver, se lo encintó; el machete se lo terció; luego tomó la carabina y también se la terció; dio un beso al cadáver, y, volando sobre su caballo nos gritó: ¡Muchachos ayúdenme a vengar al capitán! Carguemos por aquí, y nos señalaba la mancha de monte de donde nos acaba de desalojar el enemigo; a su voz todos esos soldados intrépidos, adueñados de la situación, cargaron con tal furor que allí no hubo poder humano, se obligó al enemigo a abandonar la mancha. Este grupo de valientes capitaneados por una heroína, se lanzaron a la pampa en persecución de los soldados de la traición, los cuales se fueron replegando, hasta que llegaron a otra mancha y allí se atrincheraron en la cerca de piedra; los soldados liberales en la pampa y los esbirros atrincherados, nuestra heroína hacía fuego sobre el enemigo, ya con el revólver, ya con la carabina y nos gritaba a todo pecho: ¡Muchachos, sobre la trinchera!. Todos a una vez y como un solo hombre, volamos sobre la trinchera y allí fue la lucha cuerpo a cuerpo... Nuestra heroína animaba a los combatientes, hasta que los esbirros del gobierno estuvieron fuera de la mancha. Como ya era aventurado salir de ella en persecución del enemigo... entonces, con tono militar nuestra heroína nos gritó: Muchachos, ya está vengada la sangre del capitán, fuego en retirada, hacia Campo Alegre.

Nuestra heroína se quedó en Campo Alegre y por las informaciones que allí recibimos, supimos que era de nombre Elisa y natural de aquel lugar" (Chaparro, 1936: 19).

Pero no siempre las mujeres que estuvieron con los ejércitos prestaron su servicio con el fusil en la mano, algunas llegaron allí para cumplir misiones especiales como aquella que enviada por el gobierno llegó hasta las toldas del general Marín con el objeto de seducirlo con sus encantos para después matarlo. Fracasada esta moderna *Judith* en su misión, terminó siendo fusilada por orden de este mismo general (Entrevista con Ramón Sánchez, ya citada). O como aquellas que debieron recorrer lo más arriesgado de las líneas de batalla para repartir puñados de balas a los combatientes, tal y como lo anota Milton Puentes en su *Historia del Partido Liberal Colombiano*, cuando dice:

"... o la actitud sublime de Florinda Bohorquez, bella mujer del pueblo, la que embelesa a todos los combatientes con la fiebre divina

de su heroísmo, que la lleva a recorrer el escenario de sangre repartiendo cápsulas a los suyos, con impresionante desprecio por la muerte..." (Puentes, 1961: 525).

Pero no todo fue heroísmo y sacrificio en las mujeres, ya que junto con aquellas que formaron en primera línea y con las otras que, marchando a la retaguardia y algunas sin siquiera nexos de corazón o familia con los combatientes, los curaban, alimentaban, consolaban y veían por sus ropas y sus armas, se mezclaban las damas de la vida alegre que combinaban su papel de meretrices con comercios ambulantes de baratijas y licor. Ellas, todas sumadas, constituían el complejo fenómeno de las *Juanas*, las *Cholas* o las *Rabonas*, que es indisoluble al de nuestras guerras civiles.

Sobre los retozos amorosos de las mujeres, Ramón Manrique en su novela histórica, *LA VENTUROSA, gesta de guerrilleros y bravoneles, relato de íncubos y sucubos, amores, trasgos y bestiglos*, nos dice:

"Cuando le restaba al trasiego un tiempesito, le gustaba a la juana officiar en el altar de la Venus mercenaria, cuya ara levantaba a la sombra cómplice de un Payandé o en la ardiente arena de las playas, cara al sol o a las estrellas, según el *trato* fuese de día o de noche..." (Manrique, 1947: 315-316. El subrayado es del original).

Y sobre el particular ambiente vivido en los campamentos nos dice Joaquín Tamayo en su libro, *La Revolución de 1899*, que:

"Los campamentos separados por las ondulaciones del terreno estaban a tiro de fusil. Semejantes a los adulares gitanos, a la misma sombra de las toldas dormían soldados y voluntarias, recogidos por el rumor apagado de la brisa, el toque de las cornetas, el andar ruidoso de los centinelas, los aullidos de los perros; la impresión de algo misterioso e inevitable que en esa noche del 10 de Mayo sacudió los nervios de la peonada con pasión carnal no exenta de amargura; extraña melancolía que no logró desterrar la risa de las mujerucas, el son de las guitarras, el ir y venir de las damajuanas de aguardiente, pronto vacías al pasar por aquellos labios sedientos y contraídos por la angustia" (Tamayo, 1975: 76-77).

Como resultado de los devaneos y el ambiente promiscuo de los campamentos se afectó seriamente la disciplina que, con frecuencia, se vió alterada por reyertas de origen sentimental. Una joven mujer fue la razón para que entre el general Sandalio Delgado y el capitán Cantalicio Reyes se diera una disputa de la que el primero resultó con una clavícula rota para siempre, y el segundo, dando su paso definitivo hacia el pelotón de fusilamiento.

También allí se cultivaron con primor las enfermedades venéreas que azotaron los campamentos con la misma frecuencia con que lo hicieron

la fiebre amarilla y el paludismo, según testimonian médicos y generales. Igualmente de aquellos romances se derivaron episodios que condujeron a desastres militares como el sucedido en el combate de *El Bermejál* (Tolima, 5.X.1901) donde el carácter fácilmente deprimible del general Ramón Marín fue afectado por el pánico que se apoderó de su compañera de turno, *La Barragana*, cuando en medio de la lucha lo indujo a que, llevándola al anca en precipitado galope, abandonara el campo de batalla. Actitud que interpretada por sus hombres como signo de derrota, los llevó a emprender la retirada, convirtiendo un combate incierto en un desastre militar (París, 1982: 73/ Arveláez, 1904:70).

Si bien podemos decir que en términos generales el respeto por la mujer se mantuvo durante la guerra, en algunas zonas rurales y en las poblaciones pequeñas este se olvidó, llegándose muchas veces a tener con ellas tratamiento similar al que se daba a los hombres; es el caso por ejemplo de la espía que mandó fusilar Ramón Marín; o de Mercedes, la amante del capitán Fajardo, que en Corozal fue desnudada y hecha azotar en presencia de la oficialidad, por el general Rafael Uribe Uribe, a fin de hacerla entregar \$ 30.000 que Fajardo le había regalado, tomándolos de una caja de dinero que se le había capturado al enemigo (Duran, 1920:184). En otras ocasiones, sin llegarse a los extremos de violencia señaladas, la brutalidad se hizo más sutil como en el caso de sentar a las mujeres por lapsos de 24 horas o más, bajo un pabellón de fusiles (9), como aconteció en Santander con Mercedes Valderrama y Teresa Pinto (Chaparro, Ob. Cit. p. 123); o el de someterlas a mortales marchas por terrenos impracticables y climas ardientes, como aconteció con las seguidoras de Aristóbulo Ibáñez en el centro del Tolima, o con las damas liberales de Riohacha (Duran, 1920:184).

En la Guajira se utilizó con las mujeres un castigo especial que era conocido como *La Caja del Pan*, consistente en "un recinto de madera con escasa capacidad para una sola persona, donde la víctima tenía que hacer sus necesidades fisiológicas. Algunas mujeres salían tan extenuadas, moral y físicamente, que enseguida pagaban su último tributo a la tierra" (Robles, 1946:33).

El apoyo que las mujeres de los pueblos daban a los combatientes de uno u otro bando determinó acciones particulares de castigo, en algunos casos valiéndose para ello de artimañas como la utilizada por un jefe conservador con las mujeres de Ambalema, a cuya población entró una

9. Consistía el pabellón en tres fusiles apoyados en tierra sobre sus culatas y cruzados arriba de manera que se sostuvieran enganchados mutuamente, los cuales dejaban un espacio piramidal reducido, que era en el que debía permanecer la persona, a la cual le era casi imposible moverse sin riesgo de derribar el pabellón.

noche haciendo que sus soldados vivaran al partido liberal y a la revolución, con lo que las mujeres liberales salieron presurosas a animar a sus hombres y a colmarlos de atenciones, siendo tomadas prisioneras y conducidas a la plaza principal donde se les dio lo que popularmente se conoce como una *muenda* (entrevista Ramón Sánchez). Igual tratamiento, aunque sin engaño, sufrieron las mujeres conservadoras de la población de El Peñón, en Cundinamarca, cuando los guerrilleros liberales las reunieron para castigarlas por su apoyo al gobierno, dándoles una *plañera* (10). También son Múltiples los casos individuales de mujeres que en sus propios hogares debieron pagar por el delito de tener un marido combatiente, como aconteció con la esposa de Manuel Chavarro, sobre el cual conservamos la grabación de un testigo que dice así:

"Un día me dijo mi mamá señora (abuela), que fuera donde Florinda, la mujer de Ramón Chavarro, que vivía en una finca cercana, a pedirle unas naranjas agrias para hecharle a las gallinas que se estaban apestando, cuando llegué allí la señora me dijo que claro, pero que primero me tome una colación que iba acompañada de mistela (11). Cuando terminé me subí a un árbol frente a la casa cuando vi que llegó Ramón Chavarro a visitar a su esposa y él que entra cuando aparece un tropel de caballos que rodea la casa. Iba Chavarro sólo con su peinilla en bandolera que le llagaba casi hasta el suelo. Dos hombres se bajan y frente a la puerta tienden sus rifles, cuando se adentro sale Chavarro y les parte y les pega un tremendo empujón, y de una vez se metió al monte que rodeaba la casa y entre estos cafetales se les perdió. Después de buscarlo volvieron a la casa y cogieron a su esposa y le dieron una pavana que la dejaron en cama. A los tres días tenía todo el cuerpo verde como una hoja de plátano". (Entrevista con Domingo Herrera, Amablema, 3.1.1983).

Como la *plañera* o la *muenda* fueron tan comunes en el castigo femenino, con ellas se desarrolló la técnica de amarrarles sus largas faldas sobre la cabeza, dejando al descubierto las partes a castigar, con lo que las mujeres tomaban así una figura muy particular, que en el interior del país se conoció como *la amapola*.

10. Golpes de plano dados con la hoja del machete. En el caso de que este golpe se diera con la hoja de su sable, este recibía el nombre de *cintarazo*.

11. Es la mistela un licor dulce, muy tradicional en la región del Tolima Grande, hecho de frutas o plantas y que toma como base el aguardiente. Hoy en día este licor es vendido por algunas rentas departamentales aunque su producción principal sigue siendo casera y según fórmulas secretas que se han transmitido entre miembros de una misma familia por generaciones. En Ibagué, Ana Teresa Caicedo es, tal vez, la más connotada de estas alquimistas contemporáneas de la mistela.

Dentro de las modalidades de castigo hay una que fue monopolio de la iglesia y que consistió en la excomunión de las simpatizantes del liberalismo. Tal fue por ejemplo el castigo utilizado para con las mujeres de Fusagasugá por el padre Angulo, una vez se cumplió el abandono de la localidad por las tropas del general Ibañez (*La Reintegración*, Bogotá 13.VII.1900).

Sobre el volumen total de la participación femenina en la guerra es difícil aventurar una cifra. Para el caso de aquellas que sirvieron de apoyo logístico, cualquier esfuerzo es vano, en tanto con las que marcharon con las tropas o hicieron parte de ellas, algunos datos han quedado que permiten hacer aproximaciones que las sitúan entre el 6 y el 22% de las fuerzas en campaña. Sobre el número de estas mujeres hay dos informes que algo orientan. El primero de ellos es una carta que de Santander le envía Alejandro Peña Solano al general Próspero Pinzón (Santander 30.VII. 1900), en la que le señala que entre las fuerzas enemigas que por allí pasaron y que constan de 1.100 efectivos, van unas 200 mujeres (Pérez, 1904:318); y el segundo es un informe del médico conservador Carlos Pautman al jefe del Estado Mayor, en el que le dice: "El hospital central tiene hoy 57 soldados y 13 mujeres de las que han venido hoy con el ejército..." (ANC, Fondo Próspero Pinzón, caja VIII-102).

LOS NIÑOS

Los niños también fueron activos partícipes del conflicto, particularmente aquellos que habitaban las zonas rurales o las pequeñas poblaciones.

Aprisionados a la fuerza por el torbellino de la guerra muchos debieron cambiar, sin que mediara entrenamiento alguno, su azadón y sus libros por gigantescos fusiles para marchar a los campos de batalla, los unos en compañía de sus padres, los otros como conscriptos llevados a la fuerza, y algunos inducidos por el fervor político, unido a la imagen idealizada de la guerra y de los hombres que la hacían.

Los dos partidos en conflicto se comportaron de manera similar frente a la participación infantil. Para ambos los niños constituyeron elementos de mucho valor, por lo que antes que ver su participación con indiferencia o de tener algunas reservas sobre ella, la buscaron con asiduidad.

La agilidad, la viveza, el acatamiento de las órdenes, la casi inexistencia de vicios como el del alcohol y, especialmente la impavidez frente al riesgo y la muerte, fueron las cualidades más admiradas de los niños soldados, y las que hicieron de ellos codiciado personal que fue enrolado, muchas veces a la fuerza, sin importar para nada el partido político a que dijeran pertenecer.

Fluctuando mayoritariamente entre los 10 y 17 años, estos niños distribuyeron su participación en la guerra cumpliendo las siguientes labores:

a. Como espías informadores y mensajeros. Es posiblemente este el trabajo más común en el que estos se desempeñaron, llegando en él a reducir la edad límite hasta los 7 años.

Sobre estos niños que no formaron en los ejércitos pero que si colaboraron con ellos, se tejieron historias terribles nacidas de la fantasía política inspirada por el odio partidista y la guerra psicológica de la contrainformación. De estas historias podemos recordar la que se le atribuyó a las fuerzas de Tulio Varón, de quienes se decía que tenían unas cuevas a donde llevaban a sus prisioneros que, colgados de ganchos de carnicería, eran torturados por niños provistos de filosos cuchillos. Este lugar que se hizo mítico en la guerra, siendo su nombre sinónimo de muerte, fue conocido como *Montefrío*.

b. Como Ordenanzas. Competían los oficiales entre sí por el afán de enrolar jóvenes para que les sirvieran como tales, actitud que era complementaria con la de muchos niños que, queriendo vivir la aventura de la guerra, soñaban con ser ordenanzas, y para ello buscaban hacerse notar ante sus jefes. En esta posición los niños no sólo se encontraban sujetos a menos riesgos, sino que su alimentación era la misma de los oficiales a quienes servían; así mismo por su cercanía a éstos eran respetados y a veces temidos por la tropa.

Sobre la forma como fueron reclutados muchos niños sin que importara el partido al que decían pertenecer y su papel jugado como ordenanzas, transcribimos el siguiente relato:

"Once años tenía cuando me tomaron los conservadores para que militara con ellos y, a pesar de ser conocida mi familia con la de los jefes conservadores, éstos no me dejaron libre. Ese día sin instrucción alguna me dieron un Remington, que era el arma más popular del ejército, provisto de una cabuya para colgarlo, y de una vez me hicieron formar con la tropa. Yo, como todos los chinos, a punta de poner cuidado en los desfiles y en las entradas de los ejércitos, conocía los principales movimientos y órdenes de mando, por lo que cuando me formaron las hice muy bien, a lo que los soldados conservadores me dijeron: ¿Cómo les parece el jijueputa este?, lo veterano que es. ¿Qué fierita iría a salir este bergajo?. Acuartelados ya en San Juan (se refiera a San Juan de Rioseco) un oficial venía diariamente a decirme que me tenía que volver conservador o que si no la orden era la de matarme, y yo siempre le contestaba, que me mataran. Estas cosas llegaron hasta los oídos del general Santiago López que era el comandante de las fuerzas y me mandó llamar para decirme que me volviera conservador, pero yo seguí insistiendo en que no, que me mataran, hasta que el general me dijo que si aceptaba no

volarme, él me nombraba su ordenanza. Yo me puse feliz y acepté, y me volví un pillo altanero que pedía que me dejaran ir en las comisiones de vigilancia, y armado de fusil llegaba a las fincas y les decía a las señoras, que por orden del general le tenía que mandar las mejores gallinas y, a pesar de las protestas, me bajaba y machete en mano las despescuezaba, amarándolas de las patas a la cabeza de la silla. De cada salida regresaba con cuatro o cinco gallinas que me comía con otros soldados". (Entrevista con Domingo Herrera, ya citada).

c. *Como combatientes*. A los campos de batalla, como ya se dijo, llegaron los niños de varias formas, siendo la más frecuente la de los reclutamientos forzosos. También hubo padres que junto con ellos llevaron a sus hijos para que hicieran parte de la tropa, tal fue el caso de los niños Juan Hipólito Alvarado, Alberto Toscano y Luis Triana, muertos todos en el combate de *Palonegro*, cayendo el último de ellos junto con su padre que era el jefe del Batallón *Canal*. (*El Orden Público*, Bogotá 19.VI.1900.p.741). Tras éstos llegaron los voluntarios ya porque hubieran padecido las crueldades de la guerra y buscaran la venganza, o porque el imán de las banderas, las cajas, los sables, los toques de corneta y los héroes combatientes, hasta allí los condujeron. El impulso que movió a estos niños en algunos casos los llevó a recorrer distancias considerables con este objeto, como aconteció con el grupo de escolares que marchó desde Bogotá hasta Santander para sumarse al ejército liberal.

El ingenio y la descripción con que muchos niños tomaron el fusil, sorprendió muchas veces a generales escépticos y aún a gentes contrarias a esta práctica, tal y como aconteció en Santander cuando un día...

"... nos alcanzó el gran jefe y mirando a nuestros pequeños soldados que conformaban la Quinta Compañía, me dijo: 'Mayor, ¿cómo se atreve a traer estos muchachitos a quienes se tragan los pantalones a combatir con hombres de pelo en pecho?' —más tarde vi que su inexperiencia los hace no temer a la muerte en los combates— y me sacó del paso un soldadito que, cuadrándose y golpeando con la palma de su mano la culata del fusil, observó: 'Sí, general, nos quedan grandes, pero nos los amarramos bien. ¡Bravo mi chinito!', dijo el veterano, te haré oficial... y espoleó su mula, temiendo quizás que, como antioqueño, le pidiera allí el ascenso". (Cock, 1946:34).

Los niños que oficiaron de combatientes lo hicieron de dos maneras: Como parte de una fuerza regular con obligaciones y deberes militares permanentes, o como parte de los Cívicos, que eran organizaciones paramilitares, como las *culebras*, que actuaban en los centros urbanos y combatían esporádicamente cuando la población era atacada. Estos grupos, que no se arriesgaban mucho en el combate, eran conformados

de preferencia por jóvenes y niños, acompañados de los personajes más sórdidos del pueblo, ya que su labor principal era la de ir a la retaguardia pillando y rematando con sadismo a los heridos.

Del primer caso el ejemplo más notable es el del batallón comandado por el general Vargas, conformado en su totalidad por niños nortesantandereanos que fluctuaban entre los 15 y los 17 años sacrificado en su totalidad durante el combate de *Palonegro* (Puentes, 1961:503). Y del segundo, el cuerpo de Cívicos de Caloto, compuesto por 30 niños de 10 a 15 años, que por la juventud de los mismos era conocido como el *Batallón Sardinias* (Rojas, 1903:9/ Jaime Córdoba a Minguerra, Cali 14.XII.1901.AMD, caja 58).

La dureza de la guerra hizo que pocas veces se tuvieran especiales consideraciones con los niños a los que se les aplicaban los mismos castigos que a los adultos, y cuando eran hechos prisioneros se les sometía a las mismas condiciones que se aplicaban a cualquier detenido: hacinándolos en cárceles o golpeándolos brutalmente. Tal es el caso sucedido en la Guajira con Eduardo Tovar, hijo del Dr. José Antonio Tovar, quien con sólo 15 años fue tomado en la calle cuando jugaba y azotado de manera inmisericorde, por las fuerzas del gobierno, hasta dejarlo inconsciente (Pérez, 1938:200); o de Alejandro Vanegas, de 13 años, separado de su padre para embarcarlo hacia las tenebrosas bóvedas de Cartagena (Robles Ob.Cit. p. 33).

Sobre la vida de estos niños en prisión, nos dice José María Pérez Sarmiento que: "Contrista el ánimo ver entre los presos de todas las condiciones un gran número de niños de 10 a 14 años, recibiendo no sólo la asfixia física sino también moral, que aniquila sus ilusiones y mata el germen de los buenos sentimientos". (Pérez Ob.Cit.p. 236).

Finalmente, podemos decir que los niños soldados y los niños guerrilleros fueron comunes en los dos bandos, y que aportando más valor y temeridad que inteligencia para la lucha, pusieron una importante cuota de sacrificio, que no hizo más que continuar, en la Guerra de los Mil Días, una ya vieja tradición en nuestros conflictos internos.

CONCLUSION

De esta primera aproximación al papel de las mujeres y los niños en la Guerra de los Mil Días, podemos concluir que fueron estos elementos consubstanciales con el desarrollo del fenómeno mismo.

Asumió la mujer un papel definitivo en el cumplimiento de tareas de carácter logístico, y en la organización de redes de inteligencia.

Difícilmente sería imaginable la guerra sin que su espíritu diligente se hubiera aplicado a la consecución, elaboración y utilización de drogas y tratamientos, y sin el inmenso aporte de su conocimiento sobre la medicina tradicional y el corazón de los hombres.

En el combate, aunque el número de mujeres que en éstos participó no fue grande, su presencia se vio magnificada porque siempre estuvo acompañada de atributos tales como el arrojo y la perspicacia, combinados con una dosis suficiente de precaución.

Finalmente, es de destacar un rol fundamental jugado por la mujer, rol que a fuerza de ser natural pasa por ser ignorado, y es el de compañeras de los hombres en lucha. El de mujeres que llevando amores y cariño, hicieron menos brutal la vida de los campamentos.

V. BIBLIOGRAFIA

ARCHIVO NACIONAL DE COLOMBIA. Bogotá.

ARCHIVO ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA, Bogotá.

ARCHIVO MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL, Bogotá.

ARCHIVO CENTRAL DEL CAUCA, Popayán.

ARVELAEZ, Tulio "LA CAMPAÑA DEL GENERAL CESÁREO PULIDO". Manizales, Tipografía Caldas, 1904-1936.

CABALLERO, Lucas "MEMORIA DE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS". Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, 1980.

CHAPARRO M, Carlos "UN SOLDADO EN CAMPAÑA RECUERDOS DE LA GUERRA 1899-1902". Tunja, Imprenta Dptal. 1936.

DURAN, Justo L. "LA REVOLUCIÓN DEL 99". Cucuta, Editorial El Día, 1920.

FLETCHER, Jaime "MEMORIAS DE UN COMBATIENTE".

HEMEROTECA NACIONAL. Bogotá: periódicos "LA OPINIÓN", "LA RESTAURACIÓN", "EL COLOMBIANO", "EL ORDEN PUBLICO" y "LA REINTEGRACIÓN", Años 1899 a 1903.

MASUERA Y MASUERA, Aurelio "MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO". Bogotá, editorial minerva, 1938.

PARÍS L. Gonzalo. "GUERRILLEROS DEL TOLIMA". Manizalez, casa Editorial Arturo Zapata, 1937.

PÉREZ S. José "LA GUERRA EN EL TOLIMA" (COMPILADOR). Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1904

PORRAS, Belisario "MEMORIAS DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO 1900". Panamá, Imprenta Nacional, 1922.

REVELO Juan E. "LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS EN SUR DE COLOMBIA". Pasto, Imp. Dptal. de Nariño, 1951.

ROBLES, Juan Lázaro "RECUERDOS DE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS EN LA PROVINCIAS DE PADILLA Y VALLEDUPAR Y EN LA GUAJIRA". Santa Marta, Tipografía Escofet, 1946.

RODRÍGUEZ, Bernardo "MIS CAMPAÑAS 1895-1902". Bucaramanga, Tip. Renacimiento, 1934.

ROJAS, S. "CAMPAÑA DE CALOTO 1899-1903". Popayán.

TAMAYO, Joaquín "LA REVOLUCIÓN DE 1899". Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1975.

VALDEBLANQUEZ, José María "BIOGRAFÍA DEL GENERAL FLORENTINO MANJARRES". Bogotá, Tipografía Portilla, 1962.

VILLEGAS, Jorge/ YUNIS, José "LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS". Bogotá; Carlos Valencia Editores, 1979.

ZARANTE, José Dolores "REMINISCENCIAS HISTÓRICAS, RECUERDOS DE UN SOLDADO LIBERAL". B/quilla, Imp. departamental, 1933.

Entrevistas.

BOCANEGRA, Oliverio. Ambalema, 2.1.1983.

CHAVES, Rebeca. (Hija del general Ramón Chaves) Ibagué, 4.XII.1982.

DELGADO, Sandalio. (Hijo del general Sandalio Delgado) Venadillo, 4.X.1983.

GÓMEZ, Carmen Elvira. Ibagué, V.1983.

MORALES, María de la Cruz. San Luis (Vereda La Laguna) IX.1983.

SÁNCHEZ, Ramón. (Hijo natural del general Ramón Marín) Ambalema, 3.1.1983.